

tamento: *aquí me tienes porque me has llamado* <sup>14</sup>. Aquí estoy con mis defectos, con mi debilidad... Pero estoy seguro de que Tú —mi Dios, mi Padre—, me otorgas la gracia necesaria; seguro de que sólo no puedo nada, pero contigo lo podré todo <sup>15</sup>.

En esta disposición ante la llamada divina, en ese amar la Voluntad de Dios, nos precede también nuestra Madre: *he aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* <sup>16</sup>. Somos hijos de Dios; somos también hijos de María. Que Ella, presente de modo especial en el Santuario de Jasna Góra, nos alcance a todos la gracia de decir siempre que sí a los requerimientos del amor de Dios: sólo así seremos felices; sólo así podremos sembrar por todos los caminos de la tierra la paz y la alegría de Jesucristo. Así sea.

---

14. *I Sam.* III, 5.

15. Cfr. *Philip.* IV, 13.

16. *Luc.* I, 38.



*Omelia nella celebrazione eucaristica per l'ordinazione di venti nuovi sacerdoti della Prelatura, l'1-IX-1991, nel Santuario di Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad.*

*Gratias Tibi, Deus, gratias Tibi, vera et una Trinitas, una et summa Deitas, sancta et una Unitas!*

Te damos gracias, Trinidad Beatísima, por tu infinita Bondad con nosotros. Y en Vos, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, damos gracias a Santa María, a San José y —sé que os agrada, Dios mío— a nuestro Padre, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, por su fidelidad heroica a los planes divinos.

*Cantaré, Señor, tus misericordias por toda la eternidad* <sup>1</sup>. Con estas palabras del Salmo responsorial, expresamos la alegría de la Iglesia por el regalo que en este domingo recibe de su Señor: veinte nuevos sacerdotes que vienen a sumarse a los innumerables que les han precedido a lo largo de los siglos, haciendo visible el Sacerdocio eterno de Jesucristo ante los hombres y las mujeres de todos los tiempos.

Este gozo de la Iglesia se manifiesta hoy especialmente en la Prelatura del Opus Dei e inunda de modo particular mi corazón. Me siento conmovido y lleno de agra-

---

1. *Ps. Resp.* (*Ps.* LXXXVIII, 2).

decimiento al Señor, que ha querido concederme, después de mi consagración episcopal, la alegría de ordenar sacerdotes a estos hijos míos. Y mi pensamiento, necesaria y más constantemente que lo habitual, vuela hacia nuestro queridísimo y santo Fundador, que, con su ejemplar entrega a Dios, ha hecho posible lo que ahora contemplamos. En esta jornada, desde el Cielo, participa íntimamente en el gozo de todos. Nuestro Padre, no lo dudéis, se encuentra hoy aquí, en Torreciudad, muy cerca de cada uno de nosotros, con ese poder suyo de interceder ante el trono de Dios, que la Iglesia ha reconocido oficialmente en el reciente Decreto sobre el milagro atribuido a su intercesión. Le pido con todas las veras de mi alma que los miembros del Opus Dei —hombres, mujeres, sacerdotes— abramos nuestras almas a las urgencias de servicio a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice, a la Jerarquía, a la humanidad entera, con que nos invitaba a vivir mientras nos acompañaba en la tierra, y con las que nos invita ahora desde el Cielo.

Al imponer las manos e invocar el don del Espíritu Santo sobre ellos, estos hijos míos se convertirán para siempre en sacerdotes de Jesucristo: escogidos por Dios de entre los hombres <sup>2</sup>, y consagrados con la unción del Espíritu Santo, para ser enviados a predicar el Evangelio y sanar las almas con la gracia de los sacramentos <sup>3</sup>. «Llamados, consagrados, enviados. Esta triple dimensión» —recuerda el Papa a los sacerdotes— «explica y determina vuestra conducta y vuestro estilo de vida» <sup>4</sup>.

### 1. *Llamados por Dios*

En la segunda lectura, tomada de la Epístola a los Hebreos, se nos insiste precisamente en que *nadie se atribuye este honor, sino el que ha sido elegido por Dios* <sup>5</sup>. Hijos míos, recibís el sacerdocio porque el Señor os ha buscado. *No me habéis elegido* —os repite Jesús, como a los primeros Doce, en el Evangelio de la Misa—, *sino que Yo os he elegido a vosotros* <sup>6</sup>. Esta *nueva llamada* de Dios viene a añadirse a aquella otra, también divina, que recibisteis como miembros del Opus Dei. Pero, como explicaba claramente nuestro Padre, «llegar al sacerdocio no supone (...) un coronamiento de la vocación al Opus Dei. La santidad no depende del estado —soltero, casado, viudo, sacerdote—, sino de la personal correspondencia a la gracia» <sup>7</sup>. Ningún cristiano está excluido de la vocación universal a la santidad. A vosotros, hasta ahora, Dios os invitaba a santificaros y a ayudar a otras personas a santificarse en las incidencias de la vida ordinaria, en el trabajo profesional propio de cada uno. En adelante, esa misma urgencia de tender a la santidad resonará para vosotros con acentos nuevos: debéis buscar la intimidad con Dios en el ejercicio del ministerio sacerdotal, que va a ser —por decirlo

2. Cfr. *Hebr.* V, 1.

3. Cfr. *L. I (Isai. LXI, 1)*.

4. Juan Pablo II, *Homilía* en la ordenación de presbíteros, Valencia, 8-XI-1982.

5. *L. II (Hebr. V, 4)*.

6. *Ev. (Ioann. XV, 16)*.

7. J. Escrivá de Balaguer, *Homilía Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

de algún modo— vuestro *nuevo trabajo profesional*: predicar la Palabra de Dios y administrar los sacramentos, especialmente la Sagrada Eucaristía y el perdón de los pecados en la Penitencia. ¡Qué maravilla: ser sacerdotes de Cristo *al cien por cien*, como gráficamente repetía Mons. Escrivá de Balaguer!

No os asuste nunca la desproporción entre vuestra poquedad y la grandeza de estos *misterios de Dios* de los que vais a ser dispensadores<sup>8</sup>. Que esta desproporción, mientras os impulsa a luchar por la santidad personal, sea siempre motivo de admiración y gratitud a la bondad de Dios. También en esto, nuestro Padre nos ha dejado un ejemplo espléndido de amor apasionado a la Iglesia Santa, a través de su sacerdocio. En su heroica humildad, siempre se consideró un pecador —«un pecador que ama con locura a Jesucristo»—, y se pasmaba, lleno de agradecimiento al Señor, al saberse sacerdote. Así, un día de 1934 escribió en sus apuntes personales un resumen del hervor de su oración: «La vocación al sacerdocio. El poder del sacerdocio: La Santa Misa, ¡y si fuera una sola Misa en la vida!... El pecador —yo—, perdonando a los pecadores. El miserable (...) ¡santificando! Yo... ¡yo!... otro Cristo»<sup>9</sup>.

## 2. Consagrados

Todos los fieles están llamados a una configuración con Cristo cada vez más plena; todos hemos recibido en el Bautismo el sacerdocio común: hemos sido hechos, con palabras de San Pedro, *linaje escogido, sacerdocio real, nación santa*<sup>10</sup>. Por eso, como enseñaba nuestro Padre, «todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental»<sup>11</sup>.

Sí. El sacerdote, quienquiera que sea, es siempre Cristo, porque en su alma ha quedado impreso para siempre el *carácter* del sacerdocio ministerial, que le capacita para actuar *in persona Christi Capitis*<sup>12</sup>: en la persona de Cristo Cabeza de la Iglesia. «La consagración que recibís» —afirma el Santo Padre Juan Pablo II en su Magisterio de Supremo Pastor— «os absorbe totalmente, os “dedica” radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre»<sup>13</sup>.

Especialmente, el sacerdote es Cristo en la Santa Misa y en la administración de los demás sacramentos, con los que el Señor edifica su Iglesia. Cuando levanta su mano para absolver los pecados, cuando en el Sacrificio Eucarístico pronuncia las palabras que convierten el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, es el mismo Jesús

---

8. Cfr. I *Cor.* IV, 1.

9. J. Escrivá de Balaguer, 17-VII-1934, en *Apuntes íntimos*, n. 1747.

10. I *Petr.* II, 9.

11. J. Escrivá de Balaguer, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

12. Concilio Vaticano II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 2.

13. Juan Pablo II, *Homilía* en la ordenación de presbíteros, Valencia, 8-XI-1982.

quien actúa a través de su ministro. «Esta es la identidad del sacerdote» —os repito con palabras de nuestro Fundador—: «instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado»<sup>14</sup>. ¿Cabe imaginar un don más grande? Como escribía un antiguo Padre de la Iglesia, «a moradores de la tierra, a quienes en la tierra tienen aún su conversación, se les ha encomendado administrar los tesoros del Cielo, y han recibido un poder que Dios no concedió jamás a los ángeles ni a los arcángeles»<sup>15</sup>. Con este don, seréis instrumentos para santificar a los demás: no os atribuyáis nunca a vosotros mismos los milagros de la gracia que se realizarán a través de vuestras palabras y de vuestras manos ungidas. Nuestro Padre, ¡cómo atribuía exclusivamente a Dios los frutos de su ministerio sacerdotal! En otra anotación suya, de 1934, entre los motivos de su agradecimiento al Señor, se refería a «ese no sé que *santificador*, que hace que se enciendan las almas de muchos, al hablarles yo, aunque me encuentre para mí mismo *apagado*»<sup>16</sup>. *No os importe que, quizá con frecuencia, os sintáis apagados*, es decir, sin entusiasmo sensible: si os esforzáis por identificaros con Cristo, encenderéis a las almas con el fuego del amor a Dios, que el Espíritu Santo les infundirá a través de vuestro servicio sacerdotal.

Deseo que llevéis, con toda su realidad, el peso bendito de la Iglesia sobre vuestros hombros, y que os sintáis enteramente solidarios en la solicitud por todas las Iglesias locales, acompañando con vuestro ministerio, con vuestra oración, con vuestra mortificación, con vuestro afecto e interés, al Santo padre, a todos los obispos en comunión con la Santa Sede y a vuestros hermanos los sacerdotes del mundo entero.

### 3. Enviados

Hijos míos ordenandos: vuestra *misión* —lo sabéis muy bien— es una *misión de servicio*. Meditañ aquellas consideraciones, con las que nuestro Fundador iniciaba una de sus cartas: «os habéis ordenado, hijos míos sacerdotes, para servir. Dejadme que comience con el recuerdo de que vuestra misión sacerdotal es una misión de servicio. Os conozco, y sé que esta palabra —servir— resume vuestros afanes, vuestra vida toda, y es vuestro orgullo y mi consuelo: porque esa buena y sincera voluntad que tenéis —como vuestros hermanos laicos y vuestras hermanas— de estar ocupados siempre en hacer el bien a los demás, me da derecho a decir que sois *gaudium meum, et corona mea* (*Philip*. IV, 1); mi gozo y mi corona»<sup>17</sup>. Que, por vuestra respuesta afirmativa a estos deseos, seáis siempre consuelo, gozo y corona, para nuestro Fundador; así —y es lo que le importaba y le importa— seréis «el consuelo de Dios»<sup>18</sup>, para quienes os encuentren en el camino de la vida.

Vuestro espíritu de servicio se manifestará en una permanente *disponibilidad*, para

14. J. Escrivá de Balaguer, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973.

15. San Juan Crisóstomo, *De sacerdotio*, III.

16. J. Escrivá de Balaguer, en *Apuntes íntimos*, n. 1756.

17. J. Escrivá de Balaguer, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 1.

18. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 74.

atender sacerdotalmente a vuestras hermanas y a vuestros hermanos, a todas las almas. Formulad desde ahora, hijos míos, el propósito de gastaros en vuestro ministerio sin poner límites, sin decir basta.

«Los sacerdotes no tenemos derechos: a mí» —afirmaba nuestro Padre— «me gusta sentirme servidor de todos, y me enorgullece ese título. Tenemos deberes exclusivamente, y en esto está nuestro gozo: el deber de enseñar el catecismo a los niños y a los adultos, el deber de administrar los sacramentos, el de visitar a los enfermos y a los sanos; el deber de llevar a Cristo a los ricos y a los pobres, el de no dejar abandonado al Santísimo Sacramento, a Cristo realmente presente en el Sagrario, bajo la apariencia de pan; el deber de buen pastor de las almas, que cura a la oveja enferma y busca a la que se descarrió, sin echar en cuenta las horas que se tenga que pasar en el confesonario»<sup>19</sup>. Grande es esta responsabilidad, hijos míos; pero más grande aún es el poder de Dios, su amor omnipotente, que os precederá, acompañará y seguirá constantemente en vuestro ministerio.

4. Permitidme que vaya ahora, con la memoria, al 25 de junio de 1944, cuando recibimos la ordenación los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. Aquel día, nuestro Fundador comentó que, cuando pasaran los años y nos preguntasen qué decía el Padre en aquella ocasión, habíamos de responder que nos recordó lo de siempre: «oración, oración, oración; mortificación, mortificación, mortificación; trabajo, trabajo, trabajo». Yo, en esta jornada de alegría, bajo la mirada amorosa de Nuestra Señora de los Angeles de Torreciudad, parafraseando a nuestro queridísimo Fundador, os digo que el Padre, en este día en que por vez primera ordenó sacerdotes a un grupo de hijos suyos, pedía para ellos, para los demás fieles de la Prelatura y para los miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz una sola cosa: fidelidad al espíritu que santamente nos legó nuestro Padre. Fidelidad a Dios, a la Iglesia, al Papa y a los Obispos; y, para eso, insisto, fidelidad al espíritu del Opus Dei. Así, seguiremos colaborando eficazmente en hacer realidad aquella ardiente aspiración de nuestro Padre: *Regnare Christum volumus!*; ¡queremos que Cristo reine!: que reine en todos los corazones y en todos los ámbitos del mundo, con su Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz<sup>20</sup>.

Se lo pido a la Trinidad Beatísima, a través de nuestra Madre Santa María, de San José, de los Angeles Custodios, de nuestros Santos Patronos e Intercesores, y acudiendo también a la intercesión de nuestro queridísimo Padre. Hijos míos: ¡fidelidad, fidelidad, fidelidad! Y a todos, especialmente a los padres y hermanos de los nuevos sacerdotes, además de mi más cordial felicitación, os ruego que recéis mucho por estos hijos y hermanos vuestros, para que —siendo siempre sacerdotes a la medida del Corazón de Cristo— sirvan cada día con mayor eficacia a Dios y a su Santa Iglesia.

Antes de concluir, permitidme que os dirija unas últimas breves palabras, con la invitación de que las transmitáis a otras muchas personas. Unámonos a las intenciones del Santo Padre, bien juntos a su oración y a su mortificación, por los cambios que

---

19. J. Escrivá de Balaguer, *AGP*, sec. *RHF* 20158.

20. Cfr. Misal Romano, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey Universal, *Prefacio*.

estamos contemplando en la Europa Central y del Este. He sido testigo de cómo el Venerable Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer sentía el peso de ayudar al Padre común como un buen hijo, y de cómo se gastaba gustosamente en este servicio. Pidamos, pues, también nosotros, haciendo eco al Romano Pontífice, que el nuevo orden que se está instaurando en la tierra sea el que la Trinidad Santísima quiere, y que reine la paz santa de Dios en el concierto de las naciones. Así sea.



*Il 7-IX-1991, nel corso della liturgia eucaristica celebrata nell'impianto polisportivo dell'Università di Navarra, S.E. Mons. Alvaro del Portillo, Gran Cancelliere dell'Università, ha pronunciato la seguente omelia.*

1. Acabamos de escuchar, en la primera lectura de la Misa, unas palabras de la Sagrada Escritura que nos hablan de la creación del mundo: de Dios que, con su Sabiduría, *colocaba los cielos y asentaba los cimientos de la tierra*<sup>1</sup>; del Creador que, especialmente, *goza con los hijos de los hombres*<sup>2</sup>. ¿Cómo no hemos de amar este mundo nuestro, si es fruto de la Sabiduría del Amor creador? ¿Cómo no hemos de querer a nuestros hermanos los hombres, si el mismo Dios goza con ellos?

No ignoramos que en el mundo existen el mal, el dolor y la muerte, como consecuencia del pecado. Pero —os recuerdo con palabras del Fundador del Opus Dei y de esta Universidad—, «Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal IV, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rom VI, 4-5) liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph I, 5-10), que las ha reconciliado con Dios (cfr. Col I, 20)»<sup>3</sup>.

Estas consideraciones, y el lugar donde nos encontramos, me traen el recuerdo vivísimo de aquella memorable homilía, que el Venerable Josemaría Escrivá de Balaguer nos dirigía en este *campus* universitario, el 8 de octubre de 1967. Nos impulsaba a *amar al mundo apasionadamente*. «el mundo no es malo» —afirmaba con fuerza—, «porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno»<sup>4</sup>. En consecuencia, nos invitaba a tomar conciencia de que nuestro amor al

1. *Prov.* VIII, 27-29.

2. *Ibid.* VIII, 31.

3. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 65.

4. J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 114.